

LA DUODECIMA CONFERENCIA DE PRENSA DEL GENERAL DE GAULLE

El historiador francés E. F. Gautier opinaba que no se valora bastante el importante papel que los tontos—o, si se quiere, los ingenuos—desempeñan en la Historia. Esta salida nos lleva a pensar en los numerosos franceses que, al grito de “¡Argelia francesa!” y con la ayuda del Ejército, llevaron al poder al General De Gaulle que, cuatro años más tarde, entregó Argelia al F. L. N. con consecuencias tales que del millón de franceses residentes en este territorio, 900.000 huyeron despavoridos hacia Europa, cuando no hacia Hispanoamérica. También evocamos a los innumerables “europeístas”, demócratas, “personas de orden”, industriales, agricultores, “bien-pensants”, los llamados *carcas* en castellano vulgar, y otros muchos que, en elecciones y referendums, han apoyado con sus votos al General De Gaulle, constituyendo así una sólida base que le ha permitido demoler instituciones y desdeñar principios y conceptos, por los que sus seguidores hubieran sacrificado la vida. Después de la duodécima conferencia de prensa celebrada en siete años por el General De Gaulle, suponemos que parte al menos de sus huestes está atribulada, desconcertada, tal vez en plena zozobra, aunque tampoco se haya valorado bastante la capacidad de ilusión de un francés—incluso si es inteligente—cuando resuena en sus oídos el canto del gallo nacional clamando por la libertad y la independencia, temas fundamentales de la conferencia de prensa del pasado 9 de septiembre. No importa grandemente en tal caso que ese clamor victorioso tenga ecos de cantos de sirena mitológica, de aquellas que embaucaban y seducían a los marineros llevándolos a estrellarse contra las rocas. Pero como quiera que un observador foráneo puede mantenerse a salvo de tan peligrosa seducción, pretendemos ser un espectador objetivo y detenernos ante los puntos que atañen o rozan a la política internacional en esa conferencia de prensa ¹.

¹ Texto de las declaraciones del General De Gaulle, *Le Figaro*, 10 de septiembre de 1965.

Señalemos en primer término, con muchos otros comentaristas, que un ambiente de campaña electoral dominó aquellas declaraciones, lo cual llevó al conferenciante a conferir un tono de propaganda o balance positivo² a diversos puntos de su exposición, refiriéndose ésta a la política interior, y a la internacional. Así, al esbozar a grandes rasgos la historia de las instituciones europeas, el general De Gaulle sentó que “los tres tratados que instituyesen, respectivamente, la C. E. C. A., el Euratom y el Mercado Común... se concluyeron antes del resurgir francés de 1958”, año en que tomó las riendas del poder. “Por ello—agregó—esos tres tratados toman en cuenta ante todo lo que pedían los demás.” Presentados los hechos en esta forma ante un auditorio que no puede detenerse a reflexionar, so pena de perder el hilo del discurso, y que en cierta parte tiene abolidos sus reflejos críticos, surge la visión de una Francia poco menos que desvalida, carente de estadistas que supieran llevarla por el buen camino y que hubo de acceder a las peticiones más o menos perjudiciales para ella de cinco naciones deseosas de sacar provecho de la situación *antes de 1958*, momento preciso en que empezó a resurgir. La verdad bien conocida es que Francia fué la que en 1952 lanzó la idea de la C. E. C. A., y que más tarde fué la que, previo cálculo minucioso por parte de sus financieros y sus industriales, de los *pros* y los *contras*, se decidió por el proyecto de organización de la economía y la política europeas. Cuando comprobó la conveniencia de adherirse, luchó para que prevaleciera la organización frente a la solución de una zona de libre comercio. La República Federal Alemana y los Países Bajos se hubieran dado acaso por satisfechos con una unión aduanera o una zona de libre cambio. Francia las llevó a la fórmula más amplia de la C. E. E. Por lo demás, si la situación económica de la Francia de 1957 no era tan favorable como la actual, otro tanto acaecía en los países invitados a integrar la C. E. E. Por tanto, la relación de fuerzas en 1957 no dejaba a Francia en lugar desfavorable. La idea de Francia accediendo a las exigencias ajenas, sugiere una dependencia, a la que es alérgico el General De Gaulle, no se compagina del todo con la afirmación según la cual la “C. E. C. A. que, independientemente del acercamiento franco-alemán que quería poner de manifiesto, consistió esencialmente en devolver a Alemania la perdida disposición de su carbón y de su acero y en dar a Italia, que está, naturalmente, desprovista de hierro, la posibilidad

² Hubo una especie de curiosa estadística del número de visitas hechas—y recibidas, de viajes efectuados, de lugares recorridos, etc., en la última parte de las declaraciones.

de conseguirlo a buen precio, para crear a su vez una poderosa industria metalúrgica." En efecto, conseguir un acercamiento y ayudar a un país a recobrar su equilibrio económico son claros objetivos de política independiente que, forzosamente, exigen una contrapartida para su logro. Es una regla constante de la política secularmente practicada el dar para conseguir. Al dar poco y mucho conseguir, se le llama buena política. Según esta regla, cabe decir que muchos países recién descolonizados practican una buena política, singularmente con relación a Francia.

A juicio del General De Gaulle, no pararon ahí los fallos del Tratado de Roma, que tendría el vicio de origen de haber sido suscrito por una Francia coartada por agobiantes peticiones. Su máximo peligro residió en un "embrión de tecnocracia, en su mayor parte extranjera—hacemos observar que la Comisión Ejecutiva se compone de súbditos de los "Seis" y no sólo de franceses—, que estaba destinado a entrometerse en la democracia francesa para resolver problemas de que depende nuestra propia existencia, lo cual no nos convenía desde el momento que hemos resuelto asumir nuestro destino". Esta arremetida contra la Comisión Ejecutiva, cuya actuación es conforme a los objetivos perseguidos por el Tratado de Roma, o sea la integración europea, va seguida de la afirmación de que "nadie puede ignorar que la idea de agrupar a los Estados de la Europa occidental en el ámbito económico, y agrego que político, es desde hace mucho tiempo la nuestra". Aunque así pudiera parecer, no hay contradicción para el General De Gaulle entre el propósito de "asumir nuestro destino" y la creación de Europa. Lo que sucede es que los firmantes del Tratado de Roma se hacían de la futura Europa una idea distinta de la que abriga el General De Gaulle. La suya es una consecuencia de esa "cierta idea de Francia" que, según dijera en sus *Memorias*, se hacía en su juventud, es decir, una Europa dominada por Francia en la plenitud de su "personalidad nacional", términos que sustituyen al de "patria" de anteriores declaraciones. No bogaba hacia esas costas la Comisión Ejecutiva de la C. E. E., "areópago de tecnócratas, apátridas, irresponsables", como espetó con visible desdén el General-Presidente francés, olvidando las múltiples circunstancias en que la escarnecida Comisión apoyó las tesis francesas, con frecuencia discrepantes frente al acuerdo de los otros cinco países del Mercado Común. Pero cualquiera que sea su actuación, esa Comisión pone cortapisas a "la libre disposición de nosotros mismos", como dijera el General De Gaulle; lo mismo que las pone a la libre disposición de la República Federal Alemana, por ejemplo, lo cual no deja de ser una

sería ventaja para el país vecino, cuyo desarrollo económico va detrás del desarrollo económico alemán³. Pero considerando sólo el aspecto enojoso de la Comisión, que trata de poner orden en la selva de los intereses, y del "muy pesado aparato internacional", el General De Gaulle lo condena todo sin apelación. Tal parece, al menos, según hizo presente a su auditorio. Lo real y com-presente, diría Ortega y Gasset, es que el Tratado de Roma debía entrar en 1 de enero de 1966 en su tercera fase y que el General De Gaulle topaba con el sistema de votación por mayoría de las propuestas hechas por la Comisión Ejecutiva, salvo en determinados casos, señalados en el tratado, para los que se requería la unanimidad. La mayoría establecida era de 12 votos. El sistema resulta ser sólo moderadamente democrático (un hombre, un voto; un país, un voto, como en la O. N. U.), ya que los tres "grandes": Francia, la República Federal Alemana e Italia, tienen tres votos cada una; Bélgica y los Países Bajos, dos, y el Gran Ducado de Luxemburgo, uno. Pero como quiera que los "cinco" suelen formar un conjunto acorde frente a Francia, aquejada de pruritos de discrepancia, es evidente que la regla de la votación mayoritaria hubiera puesto en jaque la voluntad de Francia, cuya democracia, en versión del General De Gaulle, no llega al extremo de tolerar el criterio de una mayoría de la que no forma parte, mayoría calificada de "mito abusivo" en la conferencia de prensa. Este es, estimamos, el meollo del fracaso de las conversaciones de Bruselas, del atasco del Mercado Común y de la toma de posición del General De Gaulle frente al Tratado de Roma: un pretexto. Según un refrán francés, quien quiere matar su perro, dice que tiene rabia. El General De Gaulle no lo desconoce. De ahí que la mayor parte de sus declaraciones sobre el Mercado Común estuvieran dedicadas a exponer la rabia del Tratado de Roma.

En la óptica peculiar del General De Gaulle, esto es lógico. Para él, la independencia de Francia rechaza armonizar voluntades e intereses con otros países, exigiendo por el contrario el desempeño de un papel predominante que le permita imponer su voluntad y hacer triunfar sus intereses, al menos la voluntad y el interés del General De Gaulle, lo cual no equivale al de Francia considerada como conjunto de hombres. Para afirmar este extremo, basta ojear la prensa gala que recoge el criterio discrepante, cuando no cons-

³ La diferencia entre el porcentaje alemán y el porcentaje francés de inversiones con relación a la producción nacional bruta arroja una diferencia de 1,5 por 100 a favor de Alemania.

ternado o alarmado, de amplios sectores de la opinión pública, de la política y de la economía, expresado por personalidades relevantes. Citemos solamente a este respecto las manifestaciones de D. Robert Valentin, representante de la industria en su calidad de Presidente de la agrupación "Jeunes Patrons": "Si las declaraciones del Presidente de la República relativas al Mercado Común debieran significar que se detiene la construcción económica europea, sería extremadamente grave para el porvenir de las empresas francesas y de los hombres que en ellas trabajan". Mas para el General De Gaulle el problema no se sitúa al nivel de lo que llamaría "la intendencia", sino que se presenta en forma de disyuntiva: la independencia o la negación de la "personalidad nacional". Planteado así el problema, se evidencia para los auditores la obligación por parte del Jefe del Estado de denunciar el Tratado de Roma, incluso sin sugerir una fórmula que lo sustituya y sea realmente constructiva. "El ajuste de las actividades respectivas de los países situados a ambos lados del Rhin y de los Alpes, por ser directamente vecinos, por resultar, desde el punto de vista de la producción, al mismo tiempo anejas y complementarias", no lo es, si es que significa algo más que la vieja fórmula de los acuerdos bilaterales. Tampoco lo es la sustitución del sistema previsto en el Tratado de Roma por una cooperación entre los Gobiernos, a la que tal vez se llegará de seguir estancado el Mercado Común. El General De Gaulle no concretó cuándo, en su opinión, podría reemprender su marcha, si bien apuntó dos condiciones para reanudar las negociaciones: aceptación pura y simple por los Cinco de la agricultura en el Mercado Común y renuncia a toda supranacionalidad institucional, que es precisamente la esencia del Tratado de Roma. Dicho en otros términos: un Mercado Común nuevo. Un párrafo de sus declaraciones deja entrever el rumbo que tomaría esa nave fletada en los astilleros gaullistas: "El plan de cooperación organizada de los Estados, la cual evolucionaría probablemente hacia una federación...". Cooperación, intercambio, libre cambio son fórmulas que el Tratado de Roma pretendió rebasar. Sin instituciones comunes, sin una armonización de las políticas económicas, sin precios comunes, es bastante difícil concluir con el proteccionismo, es decir, con las barreras aduaneras. Sin embargo, tales son las perspectivas que a corto o largo plazo parece brindar el vago plan cuya aplicación el General De Gaulle parece dispuesto a exigir. ¿Hasta qué punto sacarían de él provecho la industria y la agricultura francesas? ¿Está Francia en condiciones de soportar esa terapéutica? Nos referimos a los industriales, a los financieros y a los agricultores. Estos últimos padecen una crisis

de la que son exponente las huelgas y las protestas que la prensa señala periódicamente. Para todos ellos, el General De Gaulle ha escogido "vivir en situación de competencia mundial", o sea de libre cambio. ¿Está Francia en posición competitiva en los mercados? ¿No está acaso ligada su prosperidad al Mercado Común? A estas preguntas elementales, el General De Gaulle ha respondido con aplomo: "Francia está en condiciones de soportar las competencias." Afirmación tan tajante que tiene visos de incontrovertible evidencia, debiera excusar el comentario. Mas no lo excusamos. De hecho, la economía francesa, en el marco del V Plan de Desarrollo Económico y bajo los efectos de la estabilización, tiene en su haber un alza de los precios en cierto modo frenada⁴ y un excedente del comercio exterior en los primeros meses de este año. No obstante, en su deber se observa la reducción del índice de incremento, una disminución de las inversiones productivas y un retraso de su economía con relación a las economías norteamericana y alemana. En cuanto al volumen de las importaciones, ha menguado sensiblemente, lo cual se interpreta como claro síntoma de un mercado que no está "en pleno desarrollo", como dijo el General De Gaulle, y de la insuficiencia de las inversiones no productivas realizadas por Francia⁵. Ello sugiere que la situación de la economía francesa tal como se desprende de las declaraciones del General De Gaulle no se ajusta totalmente a la realidad.

Asimismo difieren de la realidad las noticias facilitadas respecto al puesto que la agricultura ocupa en la C. E. E. "El Tratado de Roma—dijo—fijaba de modo muy complejo las condiciones de la comunidad industrial, de la que se preocupaban nuestros vecinos, pero en absoluto las de la comunidad

⁴ Un técnico del Plan estima que un alza de los precios del 1,5 al 2 por 100 debe interpretarse como estabilidad.

⁵ Paul Coulbois: *Chances et contradictions de la reprise*, «Revue de Défense Nationale», París, julio 1965, págs. 1266-1273. Las cifras citadas en el artículo de referencia son muy significativas. Porcentaje de crecimiento de la producción bruta: Previsión de octubre 1964, 4,3 por 100; actual, 2,5 por 100. Importaciones: Previsión de octubre 1964, 9,5 por 100; actual, 5,8 por 100. Exportaciones: Previsión de octubre de 1964, 8,8; actual, 7,9. Consumo: Previsión de octubre 1964, 4,3; actual, 2,9. «El año 1965 se caracteriza por un sensible retraso en el crecimiento», concluye el autor, quien, refiriéndose a las previsiones para el año en curso de los peritos del Ministerio de Hacienda, presentadas a la Comisión de Cuentas a finales del pasado mayo, cita la opinión de P. Uri («Le Monde», 29 de mayo de 1965): «Una dramática revisión de la reducción de las cifras de la actividad y la renta», y G. Mathieu («Le Monde», 27 de mayo de 1965), quien escribió: «Estas cifras, las peores desde hace siete años.»

agrícola por la que estábamos singularmente interesados.” No es esta la única tergiversación del Tratado de Roma⁶ que pone de manifiesto una lamentable ignorancia de sus términos, o algo que en quien no fuera un respetable Jefe de Estado se llamaría mala fe. Pues en el caso concreto del mercado agrícola, la cuestión figura en el título II del Tratado de Roma, desde el artículo 38 al 47 inclusive, y prevé la creación de una sección agrícola que “deberá ponerse a disposición de la Comisión para preparar las deliberaciones del Comité según las disposiciones del artículo 987 y 198”. Por lo demás, las negociaciones relativas a los acuerdos sobre determinados productos agrícolas europeos son hechos que se han producido reiteradamente antes de la Conferencia de Bruselas, pues acuerdos parciales vienen adoptándose desde hace años y aplicándose uno tras otro. Es más: con frecuencia la Comisión ha modificado sus propuestas para armonizar los intereses de todos. El mismo método de propuestas susceptibles de enmiendas había de seguir practicando la Comisión después del 1 de enero de 1966, no imponiéndose en modo alguno que “fueran presentadas al Consejo de Ministros para ser aprobadas o no tales como eran”, cual dijo el General De Gaulle, que, decididamente, tiene especial criterio sobre la recta comprensión de los textos jurídicos. Claro es que, además de los periodistas convocados, el General De Gaulle se dirigía a la masa francesa, la cual, naturalmente, no dedica sus ocios a leer el Tratado de Roma. Ante esa masa pudo hacer gala de una perspicacia que le ha permitido descubrir hacia qué insondables abismos de dependencia pudiera haber caído Francia por obra del Tratado de Roma. A efectos electorales, la acción se explica. Como se explica en función de la próxima elección presidencial, que se ponga manos a la obra para dismantelar unas instituciones europeas, singularmente la C. E. E., a las que es hostil Moscú y, por ende, el Partido Comunista francés con sus tres millones y medio de votos⁷. En cuanto al “plan de cooperación”, que parece una transposición a lo económico del tema de “la Europa de las patrias”, le resultó tan evidente al General De Gaulle ser “el único que responda a lo que realmente son las naciones de nuestro Continente, a lo que son en la hora actual y en el siglo en que estamos”, que no se detuvo a aclarar el porqué de su criterio. Confesamos no tener ánimos para salir en busca de una explicación. Nos desalienta el antecedente reciente y poco afortunado del Tratado de Cooperación franco-

⁶ «Errores gaullistas», editorial de «A B C», Madrid, 19 de septiembre de 1965.

⁷ Vid. Carmen Martín de la Escalera: *El conflicto chipriota, Turquía y la O.T.A.N.*, «Revista de Política Internacional», Madrid, núm. 80, julio-agosto de 1965.

alemana y ni siquiera nos incita a desentrañar su acaso recóndito acierto, el que "ese plan sea el único que permitiría en su día a otros países, como Inglaterra y España, adherirse a él, porque esos países, como el nuestro, no quieren perder su soberanía". Las solicitudes de ingreso o asociación en el Mercado Común, respectivamente, de Inglaterra y de España, sugieren que en un momento dado ambos países estaban decididos a limitar sus soberanías. Hay más: el plan de cooperación "haría concebible en el futuro el entendimiento de Europa entera". ¿Apunta el General De Gaulle a la sustitución del sistema comunitario por cooperaciones intergubernamentales que, iniciadas en torno a un país-núcleo, Francia, claro, se fueran articulando unas con otras? En tal caso, el proceso de formación de la "Europa entera" haría pensar en la teoría del núcleo familiar que, ensanchado, llega a constituir una nación. Hace muchos años que este enfoque para explicar cómo se crea una nación no está visto para sentencia, sino sentenciado. En cuanto a Inglaterra, "que no quiere perder su soberanía", tal vez no haya perdido la memoria de que fué precisamente erigiéndose en celoso defensor de los términos del Tratado de Roma, ahora vilipendiado, cómo el General De Gaulle le cerró las puertas del Mercado Común el 14 de enero de 1963. Por cierto, en una declaración de prensa. ¡Cuánta agua ha corrido desde entonces bajo los puentes del Sena! Y "he dicho para el Mercado Común", como concluyó el General De Gaulle dando el carpetazo a la cuestión.

En cuanto a la irritación que la O. T. A. N. causa al General De Gaulle, ha sido reiteradamente expresada y demostrada. Por tanto, la postura adoptada a este respecto en su última conferencia de prensa a nadie pudo sorprender, y menos que a nadie, a los Estados Unidos⁸. Ya que no sorpresas, lo que sí origina son dudas sobre si resulta ventajosa para Francia y para la Europa Occidental. Nos referimos a Francia y a la Europa Occidental tal como se nos imponen, y no como las pintó el Presidente de la V República francesa. Después de una entrada en materia sobre la evolución del mundo, el hecho de que Francia sea "un pueblo que va hacia arriba" en todos los órdenes de ideas sienta la premisa de que Francia no tiene por qué renun-

⁸ Uno de los motivos del viaje a París del Subsecretario de Estado, George Ball, en el pasado julio, fué sondear la postura del General De Gaulle frente a la O. T. A. N. antes de que Estados Unidos empezaran a aplicar un nuevo plan estratégico de defensa del mundo occidental prescindiendo de Francia.

ciar a “tener una política que sea la suya”⁹. Ello no apunta a un programa político de recogido aislamiento, sino, al contrario, a un vasto plan de conjunto en el cual “tenemos las mejores razones para asociarnos con otros, pero conservando la libre disposición de nosotros mismos, pues de lo que se trata para nosotros es de mantenernos a salvo de toda supeditación. De suerte que durante tanto tiempo como estimemos necesaria la solidaridad de los pueblos occidentales para la eventual defensa de Europa, permaneceremos aliados de nuestros aliados; pero al vencer compromisos adquiridos en tiempos, es decir, en 1969, cesará en lo que a nosotros respecta la subordinación calificada de integración prevista por la O. T. A. N., que pone nuestro destino en manos extranjeras”.

Este largo párrafo de las declaraciones del General De Gaulle ilustra la esencia de una política que, pese a la multiplicidad de objetivos que pudiera llamar a confusión, no tiene en realidad otro que rebajar a los Estados Unidos y estirar a Francia hasta igualar a ambas Potencias. No es infrecuente que los estadistas sean hombres de una sola idea. Con todas las reservas del caso, recordemos que la de Richelieu fue “rebajar la Casa de Austria”, con lo cual, ayudando a los protestantes, logró impedir la unificación de Alemania en el siglo XII. Pero esa poco secreta ambición de la política gaullista, que en fecha prefijada pretende desarticular lo que se le presenta como el más irritante testimonio de la supeditación francesa, es decir, la O. T. A. N., tiene dos vertientes: estratégica una, política la otra. Para el General De Gaulle actuar en el marco de una organización defensiva internacional sin desempeñar papel predominante, o por lo menos igual al de un “Grande”, es incompatible con la idea de nación, la cual radica en “estar libre de toda supeditación”. En nuestros tiempos de interdependencia ese afán aparece tan insólito como pretender que sea síntoma de buena salud el que en un ser humano uno de sus miembros no esté supeditado al resto del cuerpo. Por otra parte, la actual paz europea, no más que cualquiera otra, es un hecho definitivo. Por ello, para que perdure la estabilidad de que gozamos, el mundo occidental no tiene mayor seguridad que la derivada de la disuasión, consecuencia ésta del enorme poder nuclear estadounidense y no ciertamente de la fuerza de *frappe* francesa. “Esto nos impone mantener en pie la Alianza Atlántica, que tal vez nos salvó y es como el puntal en que se asienta el

⁹ «Un país como Francia, si le acaece hacer la guerra, tiene que ser *su guerra*», declaró el General De Gaulle en la Escuela Militar el 3 de noviembre de 1959.

equilibrio disuasivo del mundo actual. Es legítimo que tratemos de lograr un sistema de dirección mejor adaptado a la situación creada por el resurgimiento de Europa y de las Potencias europeas. *Pero la Alianza Atlántica en cuanto entidad estratégica es esencial para nuestra seguridad durante un largo período.* Las modificaciones que necesita pueden provocar repercusiones políticas diversas, pudiendo algunas de ellas incitar a adoptar decisiones en apariencia provechosas. No lo serían de contribuir a reducir el valor disuasivo del conjunto”¹⁰. Estas palabras del General Beaufre, Director del Instituto Francés de Altos Estudios Estratégicos de París, son, estimamos, las más autorizadas para valorar en su exacta dimensión la gravedad de la decisión anunciada por el Presidente de la V República francesa en orden no sólo a la defensa de Francia, sino de Europa. Ciertamente es que al decir “defensa de Europa” nos situamos en una coyuntura rebasada para el General De Gaulle, quien actúa como si ya no fuera precisa esa defensa tal como la entendemos. Es cierto que hoy en día es poco probable el peligro de un ataque que partiera del Este europeo. No existe ese peligro por existir la O. T. A. N. y, en la O. T. A. N., el poder disuasivo nuclear norteamericano. De desaparecer la O. T. A. N. y con ella la disuasión, diversas crisis latentes correrían el riesgo de prosperar—una de ellas la cuestión de Berlín—, como prosperan y proliferan los conflictos armados en áreas no amparadas por la disuasión atómica. Pero en la mente del General De Gaulle, la O. T. A. N. es un dique levantado ante un río que los acontecimientos, “la evolución”, han desviado. Por esta razón, no sólo es innecesario mantenerlo en pie con vistas a “la eventual defensa de Europa”, sino que resulta perjudicial para “establecer un entendimiento constructivo desde el Ural al Atlántico” con una “Rusia” y unos países satélites europeístas, cooperantes, deseosos de formar parte de la confederación europea de la que Francia pretende tomar la iniciativa, proponiendo con este fin a sus cinco asociados de la C. E. E. “organizar una colaboración desde el punto de vista político” y “multiplicando los contactos y los intercambios con los países del Este, aunque tratando a cada uno de ellos, claro, en función de su personalidad nacional”.

Esta alta misión de componer la rota Europa, rota en trozos tan dispares como la U. R. S. S. y los países de la Península Ibérica, pongamos por caso, o bien la República Federal Alemana y la Alemania del Este, no impide ciertamente a Francia “asociarse con otros”, pero “conservando la libre dispo-

¹⁰ General Beaufre: *Dissuasion et Stratégie*, Armand Colin, París, 1964.

sición de nosotros mismos". Es decir que el General De Gaulle rechaza todo sistema que recuerde el régimen jurídico conyugal, que obliga por igual y compromete. Le prefiere una unión libre en que cada cual salvaguarda su "libre disposición". Dicho en términos menos elementales, aspira a una cooperación que se practicara sobre la base de un nacionalismo que decora con el nombre de "personalidad nacional", sistema acerca de cuya ineficacia la Historia está plagada de ejemplos, siendo el más reciente de éstos el Tratado de Cooperación franco-alemana de 22 de enero de 1963. La cooperación alborozadamente prevista ha fracasado en el ámbito de la política internacional y en el de la defensa. Sólo se ha salvado la inocua cooperación cultural y las reuniones de juventud... "Concluimos un tratado que, sin duda, en numerosos ámbitos permanece en estado de cordial virtualidad", ha dicho el General De Gaulle. Este melancólico reconocimiento de la vía muerta en que se halla, para aleccionamiento de los ingenuos, aquel ensayo de cooperación bilateral, induce a formular las más expresas reservas ante una política de cooperación de la que "Francia será el campeón". Si los fracasos de una política sólo afectaran a quienes la practican, no habría lugar a preocuparse. Lo grave es que el hecho insoslayable de la interdependencia, que gravita sobre toda independencia nacional, por altiva que ésta pretenda ser, impide que se pongan límites a las consecuencias de los errores de visión de un país. Cuando un vagón descarrila, descarrila todo el tren. Pudiera temerse que el vagón francés, que quiere rodar hacia el Este, Asia, Hispanoamérica y Africa al mismo tiempo, se salga de railes.

Sin embargo, de momento, la escalada en la guerra verbal contra la O. T. A. N. ha surtido buen efecto en la Europa de más allá del telón de acero, esa Europa que el General De Gaulle se contonea para seducir con vistas a realizar sus vastos planes de futuro. Moscú, como era de esperar, ha acogido calurosamente la posición "independiente" de Francia frente a sus aliados, el Mercado Común y la O. T. A. N. Asimismo, la declaración de que "concedemos gran importancia al giro nuevo de nuestras relaciones con Rusia" ha tenido amplio eco en la prensa soviética, sin embargo aquejada de amnesia para mencionar la célebre fórmula "del Ural al Atlántico", toda vez, de una parte, que la U. R. S. S. no sitúa ninguna de sus fronteras orientales en el Ural y que, por otras, tal vez estime abusivo que Francia, multiplicando "los contactos con los países del Este", celebre "los resultados logrados en ocasión de la visita del Presidente Maurer en cuanto a las relaciones franco-romanas" y se preparase a recibir "con gran satisfacción" al Presidente

Cyrankiewicz, “cuya presencia ayudará a acercar prácticamente al pueblo polaco y al pueblo francés”. El relajamiento de los vínculos entre la U. R. S. S. y sus satélites es, por supuesto, un fenómeno originado por la desestalinización y acelerado bajo Jruschev. Aunque no pueda desandarse lo andado—y Moscú admite esta evidencia—, siempre cabe la esperanza de que se ande menos de prisa. De ahí que la preocupación del General De Gaulle por ayudar a los países del Este, así como su pronóstico de que China está “destinada a un papel mundial de primer orden”, habrán alegrado en demasía a los dirigentes soviéticos. Ello no impedirá que se vuelquen, si es preciso, celebrando el sentido de la Historia del General De Gaulle, y acojan con la máxima cordialidad al Ministro de Asuntos Exteriores, señor Couve de Murville, en su próximo viaje a Moscú. Cuentan que el Rey francés Enrique IV dijo: “París bien vale una misa”. Los dirigentes del Kremlin pueden decir que desmantelar, si es posible, la organización económica y defensiva de la Europa occidental y, por vía de consecuencia, del mundo occidental, bien merece soportar sin rechistar alguna impertinencia del General De Gaulle. Mientras el General De Gaulle se vanagloria de que “Francia no estando ya apresada por vanas empresas ni dependiendo de lo que hacen los demás”, está “en condiciones de perseguir designios amplios y continuados..., trabajando en lo interior a construir su nueva potencia”, la U. R. S. S., paciente y sigilosamente, maniobra en favor de la “seguridad europea”, es decir, para levantar un dique colectivo destinado a contener “el militarismo de la Alemania del Oeste” El Pacto franco-soviético que en 1944 firmara el General De Gaulle no tenía otro objetivo que hacer frente a ese peligro, que en aquella época sólo era imaginable en cambiadísimas lejanías. Puestos los ojos en los horizontes de la Historia, el General De Gaulle no pudo ver entonces el período más próximo de la colaboración amistosa con la Alemania del Canciller Adenauer. Pero como quiera que detrás de lo próximo se sitúa lo lejano, no se puede descartar la posibilidad de que, andando el tiempo, y si Dios presta vida y presidencia de la República francesa al General De Gaulle, después de una enésima conferencia de prensa hayamos de comentar—si Dios nos concede ocasión—un nuevo proyecto de organización de Europa más ajustado a una línea ideal que pase por París, Moscú, Pekín, Belgrado y capitales “neutra-listas”, cuanto más activas, mejor, y cuya cuenta se pierde.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA.